

# **Del Estado de Bienestar al capitalismo salvaje: representaciones de la clase obrera en la narrativa argentina.**

Celina Fernanda Ballon Patti.

Cita:

Celina Fernanda Ballon Patti (2015). *Del Estado de Bienestar al capitalismo salvaje: representaciones de la clase obrera en la narrativa argentina*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/103>

## **XI Jornadas de Sociología de la UBA**

**Coordenadas contemporáneas de la sociología: tiempos, cuerpos, saberes.**

**6 al 10 de julio de 2015**

**Carrera de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires**

Autora: Celina Fernanda Ballón Patti

Correo electrónico: [celinaballon@yahoo.com.ar](mailto:celinaballon@yahoo.com.ar)

Pertenencia institucional: UBA

### **Del Estado de Bienestar al capitalismo salvaje: representaciones de la clase obrera en la narrativa argentina**

#### **Resumen**

Nuestro trabajo se propone dar cuenta de las representaciones en torno al trabajo y los trabajadores presentes en la literatura argentina de dos períodos bien diferenciados: los años '60 y la actualidad. Nos centraremos en dos novelas: *¿Quién mató a Rosendo?*, de Rodolfo Walsh y *Bolivia Construcciones*, de Sergio Di Nucci, a fin de relevar no sólo los ejes que construyen la subjetividad de los trabajadores en cada una de las obras, así como también el modo en que se plantean las alteridades y los conflictos.

Palabras clave: clase obrera – Rodolfo Walsh – Bolivia construcciones

#### **“Que se diga que soy buen trabajador”. Representaciones acerca del migrante laboral boliviano en *Bolivia construcciones*.**

El trabajo es uno de los temas centrales abordados en el libro, que alude a él incluso desde su título. Todos los personajes se ganan la vida en distintas actividades productivas que se encuentran dentro del marco legal: ninguno de ellos se dedica al tráfico de drogas, al robo ni a la prostitución – actividades muy comunes en el territorio que habitan. El trabajo es el medio por el cual todos ellos reproducen su vida material, lo cual es vivido con orgullo. El narrador desea que se mencionen sus méritos como trabajador y Pedro se jacta de su larga experiencia en el oficio: “Mira las mías. Manos de trabajador. Veinte años construyendo las casas de los argentinos. Así te van a quedar. Pero si trabajas conmigo, vas a aprender y vas a ser el mejor. ¿O no, muchacho?” (Morales: 2006: 22)

La creencia acerca de la laboriosidad de los migrantes bolivianos está ampliamente difundida en la sociedad argentina. Una revisión de la bibliografía acerca del tema permite corroborar que dicha representación está presente tanto en los empleadores como en los miembros de organismos oficiales, y que se extiende incluso a jóvenes que aún están al margen del mercado laboral. Así, Gabriela Cerrutti – ex Ministra de Derechos Humanos porteña – señalaba luego del incendio de un taller clandestino en el que trabajaban bolivianos que “la mano de obra boliviana es muy calificada y buscada por los empresarios textiles, son trabajadores muy prolijos, limpios y rápidos” (Cartechini y Rivas: 2009: 142) Ana Mallimacci entrevista a los empleadores que contratan bolivianos para trabajar en la construcción en Tierra del Fuego, y los mismos admiten que estos inmigrantes “son buenos trabajadores, eso nadie lo puede negar”. Los adolescentes entrevistados por Gonza y Lanzetta afirman que “los bolivianos son re trabajadores” y que “buscan trabajo, son de trabajar (...) es como que son laboradores también y como que se juegan por tener un lugar acá” (Gonza y Lanzetta: 2011: 13).

La apelación a la laboriosidad por parte de los mismos migrantes puede ser entendida como una estrategia para resignificar el estigma que pesa sobre ellos (Los bolivianos ocupan, de acuerdo con los estudios llevados a cabo por Alejandro Grimson, el escalón más bajo en los imaginarios de jerarquías étnicas). En algunos casos, como el analizado por Mallimacci, su laboriosidad es el único argumento que permite construir una estrategia de legitimación de su presencia en el país. Los bolivianos son aceptados por la sociedad fueguina sólo porque su trabajo resulta necesario para el desarrollo local. En las esferas sociales no productivas – especialmente en las de la vida cotidiana y en la recreativa – su presencia “continúa interpretándose como incómoda, incorrecta y ajena a la memoria e identidad fueguina” (Mallimacci: 2011: 13).

Las representaciones sociales referentes a la laboriosidad boliviana se complejizan cuando se toman en cuenta las estadísticas referentes a su inserción en la estructura productiva. Tal como señala Grimson, estos migrantes se encuentran sobrerrepresentados en sectores de la economía informal en los que priman la inestabilidad laboral y las ocupaciones de baja calificación – tales como la industria textil, el servicio doméstico y la construcción. La laboriosidad que se les adjudica es la contracara de la explotación que padecen. Así se expresa la esposa de un contratista al dar cuenta de las razones por la cual su marido prefiere contratar albañiles bolivianos:

“Si va a encontrar un hombre argentino, un argentino que primero no le gusta trabajar en la construcción, no va a querer trabajar. Y segundo va a querer cumplir un horario, porque [...] ocho horas o en punto se va a ir, el boliviano no, si hay que terminar algo más se va a quedar a terminar fuera de su horario [...] los bolivianos son muy honrados en su trabajo, son [...] primero la honradez, son muy responsables [...] este y segundo que, que no cobran precios caros, los bolivianos son más prácticos también son más, están en ese tema, saben mucho más que un argentino” (Mallimacci: 2011: 10-11)

Este carácter ambivalente queda aún más claro en las declaraciones de otro contratista: “los bolivianos acá son los únicos que hacen el trabajo duro, hacen todo, se bancan el frío, todo, son brutos como bestias” (Mallimacci: 2011: 10). Gonza y Lanzetti en sus entrevistas a docentes y alumnos de escuelas primarias y secundarias encuentran caracterizaciones muy similares acerca de los migrantes, tanto en alumnos como en docentes: “Los bolivianos y los peruanos se matan por diez centavos para coser una remera” (Gonza y Lanzetta: 2011: 13). Los medios de comunicación masiva contribuyen de manera significativa a la circulación de un discurso en el que la mayor laboriosidad boliviana se explica como consecuencia de ciertos rasgos estigmatizantes que se les atribuyen – entre ellos, la ignorancia, la sumisión, la resignación y la pobreza. El diario La Nación dirá, poco después del incendio al que ya hemos hecho referencia, que los empleadores “eligen a los más tontos o reservados: campesinos de zonas muy agrestes. A los inteligentes y a los que viven en el centro de La Paz los desechan. No quieren gente que se pueda rebelar. Buscan ‘sumisos’ cuenta Quea” (Gonza y Lanzetta: 2011: 141). Cabe destacar que esta representación es compartida incluso por los representantes de la misma comunidad. Sebastián Heredia, miembro de la agrupación que nuclea a la comunidad de bolivianos de Río Cuarto declaró en ocasión de una denuncia de discriminación de obreros de la construcción bolivianos por parte de un contratista de la misma nacionalidad: “Muchas veces no hay denuncias de la explotación por miedo a perder el trabajo. La mayoría de esta gente tiene familia numerosa y necesitan mantenerlos. Mueren callados”. La novela de Di Nucci también recoge la creencia acerca de la sumisión de los bolivianos: Habíamos escuchado otras veces hablar sobre los bolivianos, que son sumisos, que más valientes son los paraguayos y los peruanos (Morales: 2006: 110)

En su estudio acerca de la inserción laboral de los migrantes paraguayos en la rama de la construcción, Sebastián Bruno encuentra que la misma está signada por una plusvalía étnica que se define por la copresencia de tres factores: la estrechez sectorial en el acceso al empleo – ya que el reclutamiento de los trabajadores se realiza según su pertenencia étnica – la mayor

informalidad – ya que se omiten costos patronales y beneficios indirectos del salario – y la sobreextensión de la jornada laboral. Patricia Vargas observa los mismos fenómenos se presentan en el caso de los migrantes bolivianos, lo cual nos autoriza a extender este concepto al grupo migratorio que nos ocupa. La existencia de este plusvalor étnico se sustenta en la atribución de ciertas características estigmatizantes – sacrificados, callados, obedientes – y es una de las claves que explican la preferencia del empresariado por la mano de obra migrante.

Los trabajadores bolivianos, sometidos a un proceso de disciplinamiento laboral mucho más duro, son identificados como mano de obra “dócil”, sumamente reacia a participar de cualquier iniciativa en defensa de sus derechos laborales, lo cual tensiona a priori sus relaciones con las organizaciones sindicales. Un secretario de la UOCRA declaró en una entrevista a Mallimacci que los bolivianos “tienen mayor voluntad de trabajo, superior a los argentinos. Se bancan cualquier cosa, los argentinos tienen mucha vuelta para trabajar” (Mallimacci: 2011: 10) Sus apreciaciones son un calco de las que expresan los empleadores. Creemos que la UOCRA ha venido llevando a cabo desde los años '90 una estrategia de cierre social excluyente que tiene como blanco a la mano de obra extranjera. Uno de sus momentos de mayor visibilidad tuvo algunos hitos que merecen señalarse. En agosto de 1994, ante la contratación de obreros brasileños para trabajar temporariamente en la reparación de una usina porteña por salarios menores a los pagados a los argentinos, el gremio llevó a cabo una campaña con carteles que instaban a “denunciar a los trabajadores ilegales que nos roban el pan y la fuente de trabajo”, con lo cual responsabilizaba a los trabajadores – y no a los empresarios - del quebrantamiento de las leyes laborales argentinas, dirigiendo así el descontento hacia el eslabón más débil de la cadena e instando a la delación. Cuatro años más tarde, en ocasión de una marcha organizada por el gremio para exigir mayor seguridad laboral, los trabajadores migrantes debieron agruparse en una columna separada. Grimson señala que durante la misma desde las demás columnas del sindicato “se escuchaban cánticos como ‘somos argentinos y peronistas’ y también ‘somos argentinos y no bolitas’. Un trabajador declaró al diario Clarín: ‘Ellos (los extranjeros) son los culpables de que nosotros cada vez ganemos menos’ (6-8-1998). (Grimson: 2006: 9). Si bien este estudio señala que a partir del período 2001 – 2002 se produjo un cambio en las maneras de percibir a los migrantes por parte de la sociedad, nosotros hemos encontrado elementos que nos permiten sostener la supervivencia del cierre social excluyente en el sindicato que agrupa a los trabajadores de la construcción. Cuando en el 2009 los trabajadores bolivianos de Río Cuarto protestaron en contra de la discriminación, el secretario general de la UOCRA, luego de

afirmar que todos los trabajadores debían tener igualdad de condiciones, declaró que “la ordenanza vigente obliga a los empresarios a tener un 80 por ciento de empleados de Río Cuarto. Estoy de acuerdo en que los compañeros bolivianos trabajen pero también queremos que los riocuartenses lo hagan. Hemos perdido mil fuentes de trabajo y podríamos perder otras mil antes de fin de año”. Las representaciones acerca del inmigrante como usurpador de los puestos de trabajo continúan estando presentes en el imaginario de los nativos. El narrador de Bolivia Construcciones, cuando le preguntan el motivo de su viaje a la Argentina en el puesto fronterizo, contesta que viene al país a visitar a su madre. Se trata de una mentira: el protagonista no tiene familia en el país y viene a trabajar. Una vez terminados los trámites de ingreso que le autorizan la entrada al país, el narrador siente que “este país me hacía un gran favor al dejarme entrar, pero no se me ocurría por qué agradecer la deferencia que los argentinos tenían conmigo” (Morales: 2006: 10) El joven que narra la historia no conoce a nadie en el país. Viaja con Quispe, un conocido que lo presenta como su sobrino. Recién llegado a Buenos Aires, el trabajo resulta determinante en su inserción social. Así narra el protagonista su primer encuentro con Pedro, el contratista boliviano que va a darle trabajo:

“Avanzamos. Pedro nos vio. Interrumpió lo que les estaba enseñando a unos muchachos (después supe que eran ex ayudantes de él en unas obras), extendió los brazos y gritó con la voz más fuerte que le oí:

— ¡Pero si acá están el Quispe y su sobrino! ¡Bienvenidos, hijos, BIENVENIDOS a Argentina!

Desde las demás mesas nos miraron con una curiosidad que no duró mucho y después volvieron a sus Quilmes, pero ya nos habían identificado para siempre. Era una presentación en sociedad” (Morales: 2006:21).

En el modo en que el narrador es contratado se pone de manifiesto un fenómeno señalado tanto por Vargas como por Bruno y Del Águila: la importancia primordial que adquieren la etnicidad en el reclutamiento de trabajadores de la rama de la construcción: Quispe insta a su supuesto sobrino a confirmar su etnicidad al momento de conseguir trabajo. En la rama de la construcción, caracterizada por los acuerdos no escritos que regulan aspectos fundamentales de la actividad laboral – tales como las horas a trabajar, el monto del salario y la regularidad en los pagos – los lazos creados por la etnicidad y el parentesco operan como garantía del cumplimiento de acuerdos que en la mayor parte de los casos van en detrimento del trabajador. En palabras de Del Águila, los rasgos de etnización del proceso de reclutamiento

de mano de obra expresan cómo “la capacidad humana de asociarse simbólica y materialmente a través de un ethos común es aprovechada y organizada en beneficio del proceso productivo” (Del Aguila: 2011:12). La etnicidad opera como un importante factor de disciplinamiento de la mano en obra en una actividad en la que la ausencia de conflictos resulta central, ya que el proceso productivo requiere de una ajustada coordinación del tiempo.

Los protagonistas de Bolivia... son valorados por los argentinos que los contratan como trabajadores. En ocasiones, dicha valoración es la contracara del estigma atribuido a otros migrantes. “Si, son bolivianos y muy trabajadores. No, nada que ver con los peruanos” dice Alicia, que no puede evitar un trato condescendiente – “Un día tenés que pasar a que te revise los dientes en el hospital” le dice al narrador a modo de saludo ni bien lo conoce. Cuando trabajan en la casa del dueño de la fábrica de pastas comparten el almuerzo con la familia. Pero el modo en que se da cuenta de su trabajo está lejos del encomio. Cuando trabajan en la casa de Alicia, rompen primero un caño de gas y luego un caño de agua. La obra en la otra casa demora dos meses – un lapso que parece un tanto exagerado para la tarea a ejecutar. Las obras a realizar son superfluas y levemente absurdas – una protección laberíntica y antiestética en el caso de la casa del dueño de la fábrica de pastas, y una chimenea copiada de un castillo europeo, en el caso de Alicia. Tampoco hay descripciones que den cuenta de lo duro o peligroso que resulta el trabajo. La narrativa que da cuenta del trabajo de los inmigrantes en Bolivia construcciones es ajena a las consideraciones acerca de la plusvalía. También es digno de mención el poco espacio que se concede al relato de las experiencias laborales en comparación a las sociales – es el bar y no la obra el espacio privilegiado para narrar la vida de estos migrantes.

Bolivia Construcciones ilustra el proceso de especialización laboral de los trabajadores de la construcción, que se desarrolla a lo largo del tiempo sin más guía que la propia praxis:

“Muchacho, los meses no pasan en vano... —creí que iba a hablarme de su oficio y de su mesa de coser—, y hay momentos en que hay que tomar importantes decisiones. Ya has aprendido, has ganado conocimiento y experiencia. Ya eres mayor. Ya debes pensarlo. ¿Quieres seguir siendo el ayudante de Pedro o quieres empezar a trabajar por tu cuenta?

—Quiero empezar a trabajar por mi cuenta, Quispe.

—Ah ¿sí? Pues sigues trabajando con Pedro, porque no tienes veintiún años, ni criterio formado, ni capacidad para tomar decisiones, muchacho.” (Morales: 2006: 201)

El consejo de Quispe resulta ser acertado: cuando el narrador trabaja con Pablo, es estafado, ya que al finalizar la obra no le pagan. Este incidente confirma lo señalado por Vargas: que los lazos creados por el parentesco y la etnicidad resultan fundamentales para el mantenimiento de la reciprocidad asimétrica que funda el vínculo entre el contratista y los trabajadores (trabajar con un contratista conocido es la única – y precaria – garantía de que serán respetados algunos de los derechos del trabajador). Cuando las condiciones laborales no se cumplen, sólo parece quedar abierto el camino de la resignación “Yo continué trabajando con Pedro. No me arrepiento. Si hubiera seguido cambiando de oficio, mis memorias serían como las de los que se han casado siete veces: los ratos buenos se han perdido en la noche de los tiempos, y sólo queda el recuerdo de un millón de pleitos” (Morales: 2006:202).

### **¿Quién mató a Rosendo?: semblanza del auténtico trabajador peronista”**

Cualquier análisis que aborde la cuestión de la identidad trabajadora no puede pasar por alto un fenómeno cuya importancia nos parece central: la toma de posición en un debate político clave del período, caracterizado por la redefinición de identidades políticas que habían coexistido durante los años sesenta. El libro narra el asesinato de los militantes de la CGT de los Argentinos y un caudillo de la GCT Azopardo, los tres asesinados por disparos que partieron de la mesa en la que se encontraba Augusto Vandor. La prensa masiva dio cuenta del hecho como si este fuera un ajuste de cuentas interno – La Prensa tituló “Entre ellos” uno de los editoriales que le dedicó al tiroteo – desconociendo las profundas diferencias políticas que separaban a las dos centrales sindicales. La publicación del libro – y el debate público que tuvo lugar después – dieron lugar a un debate acerca del carácter de los “verdaderos” militantes peronistas, cruzado por mutuas acusaciones de infiltramiento, gatopardismo y traición. En palabras de Darío Dawyd: “La disputa en torno de los hechos de La Real se convirtió en un eje sobre el cual debatir la identidad peronista de los divididos de fines de los sesenta, porque si Walsh acusó a Vandor de compartir espacio con los fusiladores y ser parte “del sistema”, desde las 62 Organizaciones Gazzera acusó a la CGTA de ser la Unión Democrática de los Argentinos, atendiendo a la cantidad de dirigentes no peronistas que poblaban la central opositora” (Dawyd: 2012:100). Las representaciones acerca del trabajo y los trabajadores que aparecen en Quien mató a Rosendo no pueden por lo tanto desligarse del debate en torno a la identidad peronista.



Los trabajadores de Gerli asesinados por el grupo vandorista son retratados, ante todo, como fieles representantes de su clase: “Ese hombre, el griego Blajaquis, era un auténtico héroe de su clase. A mansalva fue baleado otro hombre, Zalazar, cuya humildad y cuya desesperanza eran tan insondables que resulta como un espejo de la desgracia obrera” (Walsh: 2003:7). El destino de cada uno de ellos – sus vidas, sus luchas y sus muertes – no puede entenderse por fuera de la situación política y económica del país. Así da cuenta Walsh de las consecuencias de l acuerdo posterior a la huelga metalúrgica de agosto de 1959:

“Veamos por ejemplo el número de obreros ocupados en la industria metalúrgica al celebrarse el acuerdo:

309.000

Un año después:

296.000

Dos años después:

284.000

Tres años después:

252.0001

La experiencia aislada de Raimundo Villaflor adquiere ahora todo su sentido. Esos cincuenta y siete mil obreros menos, en una sola industria, reflejan el “continuo yirar de gente” que golpeaba a las puertas de las fábricas. Y no lo reflejan del todo, pues no aparecen en la diferencia los trabajadores nuevos incorporados ni la reducción en las horas trabajadas. Se explica también esa “desesperación por conseguir trabajo” que afectó como una locura a Juan Zalazar, el pescado podrido que llevó de comer a sus chicos, la miseria de centenares de miles de hombres.” (Walsh: 2003:143-144).

El trabajo que estos desempeñan resulta por su parte indispensable para la reproducción social: “Había que arreglar esa empaquetadora para que la fábrica Conen pudiera seguir empaquetando sus jabones, las farmacias los vendieran, el grupo Tornquist siguiera cobrando sus dividendos y Raimundo Villaflor comiera el puchero que comió ese mediodía del 13 de mayo de 1966. Conocía ese férreo círculo de las cosas: lo había elegido” (Walsh: 2003: 15)

La pérdida del trabajo es uno de los mayores infortunios que puede acontecerle a los trabajadores. “Para los trabajadores, el cierre de una pequeña fábrica es un desastre: se bajan las persianas, y a cantarle a Gardel. No hay preaviso, no hay despido, no hay indemnización (...) En ese cataclismo caen todos” (Walsh: 2003: 154).

En el relato sobre la vida de Juan Zalazar Walsh expone las duras consecuencias del desempleo:

“La obsesión del trabajo se convirtió casi en locura. (..) Ahora boxeaba cuando podía, en cualquier festival, contra cualquiera. Lo amasijaban, y se iba contento con unos pesos para que comieran los pibes. Una vez de las tantas veces que no hubo nada en la casa, trajo unos pescados que encontró en la costa. Se intoxicaron todos. (...) Y la noche que lo mataron acababa de trabajar 36 horas seguidas en la Shell, porque al fin había agarrado una changa y no la quiso desperdiciar, y aún le quedaban ganas para reunirse con sus compañeros, a ver si podían hacer algo por los cañeros de Tucumán” (Walsh 2003: 71) .

Cataclismo, desastre, esos son los nombres con los que se alude al desempleo entendido como desgracia. ¿Quién mató a Rosendo? es un relato amargo, que tiene como telón de fondo la muerte de dos militantes de base desarmados que fueron baleados a mansalva por miembros del aparato sindical, en el cual la trayectoria de los trabajadores se muestra jalonada por la injusticia social, la precariedad material y la violencia institucional – lo cual resulta coherente con un relato que, en palabras de su autor, tiene por tema “el drama del sindicalismo peronista a partir de 1955”. El retrato de los personajes es coherente con el tema tal cual Walsh lo plantea. La militancia de estos obreros resulta consustancial a su identidad en tanto trabajadores. Toda su historia laboral se narra haciendo referencia a los hitos de su lucha: huelgas, encarcelamientos y persecuciones. En su vida parece no haber espacio para otra cosa que no sea su trabajo y su lucha: “Preso en un barco, preso en Caseros, preso en Esquel, perseguido siempre, derrotado nunca, le quemaban los libros con querosén, se escapaba por un agujero debajo de la cama que daba a un baldío, se zambullía detrás de una cerca, y reaparecía (...) las huelgas de una década al sur del Riachuelo llevan el sello de Domingo Blajaquis” (Walsh: 2003: 66).

El retrato que Walsh traza de los militantes de la CGTA está muy influenciado por las consideraciones acerca de la literatura que comenzó a desarrollar a partir de su ingreso a la central sindical. En el apartado de su diario personal en el que reflexiona sobre la teoría general de la novela, Walsh no sólo critica su propia escritura, sino que también se fija

objetivos: “Trazar el avance de los héroes, desde la resignación ante el triunfo que se sabe no-definitivo, porque tampoco es posible ya ser inocente ante la Revolución” (Walsh: 1996: 150-151)

¿Quién mató a Rosendo? traza dos itinerarios heroicos muy diferentes. El primero de ellos es el de Domingo Blajaquis. Militante veterano, sobreviviente de innumerables injusticias y persecuciones, la muerte de Blajaquis es una nota al pie para la gran prensa, más interesada en referirse a Rosendo García, el “muerto notorio”. Walsh discute, al igual que en los dos casos anteriores, con la prensa masiva. Y en una hábil táctica discursiva, se hace cargo de la noticia para subvertirla desde adentro: titula su libro con el nombre del caudillo, pero el gran personaje de su libro es “el Griego”. Su figura adquiere relieves míticos: Blajaquis deviene el obrero combativo por antonomasia, un luchador demasiado grande y digno,- y por eso mismo perseguido sucesivamente por todas las agrupaciones políticas del país. En suma: un héroe de la clase obrera: “ todos sabían que Domingo Blajaquis había estado preso tal vez desde que nació, y que era el primer hombre que sufrió la Picana, tal vez el inventor del Gran Sufrimiento de la Picana, que la policía siempre lo buscó y que él contestó a la policía y a todos los explotadores del mundo con bombas que hacían saltar los puentes y las fábricas de los explotadores.” (Walsh: 2003:65)

La segunda trayectoria heroica es la de Rolando Villaflor. Pero en este caso se trata de un converso. Ex asaltante con condena cumplida, la militancia política es un camino de redención para el menor de los hermanos Villaflor, que abandona las filas del lumpenproletariado y un modo predatorio de relacionarse con el mundo: “A través de la acción política, Rolando Villaflor hizo un tratamiento heroico (...) De simpatizante peronista, se hizo militante revolucionario (...) El suyo había sido el camino más duro” (Walsh: 2003: 36-37)

La praxis política de Walsh lo llevaría a tener una actitud oscilante respecto a la heroicidad de los sectores populares y de los militantes de su propia organización: “Una como repentina comprensión de que este amargo, deslucido camino puede ser el camino. La comprensión de que los pobres son pobres, los desgraciados son desgraciados, los humildes son humildes, los obreros son obreros. No semidioses ni héroes” (Walsh: 1996:83) Un mes después del Cordobazo, su apreciación resultaba diferente: “Cuando cuarenta mil hombres y mujeres salen a la calle, como en Córdoba, un héroe es cualquiera” (Walsh: 1996: 115) Más allá de las dudas y vaivenes del pensamiento de Walsh, sin duda influenciado por el equilibrio de fuerzas de la

coyuntura, la apuesta por la heroicidad de los militantes asesinados se mantendría constante. Poco después de la publicación del libro, se publica en el Semanario CGT la nota titulada “¿Qué es el vandorismo?” La misma era una reproducción del capítulo “La base”, y se acompañaba de una foto de Blajaquis y un recordatorio sobre los héroes del pueblo en el cual se decía que las víctimas del episodio de La Real no habían muerto en vano, y que el mejor homenaje que podía hacerseles era continuar con su lucha.

A pesar de la insistencia en la heroicidad de los combatientes, no todos los militantes de base están retratados en el libro de manera heroica. El otro de los muertos anónimos es la contracara de Blajaquis. Se llamaba Juan Salazar, era un militante de base de escasa experiencia y muy escasa instrucción. No había pasado por la cárcel: carecía hasta de prontuario, y por lo tanto, de cualquier posibilidad de dejar alguna huella en la historia oficial. Su historia resulta arquetípica: fue militante de la Resistencia, estaba perseguido por el desempleo, había sido traicionado por sus antiguos compañeros de lucha que lograron medrar. Juan Zalazar es otro símbolo de la clase obrera.

Blajaquis y Zalazar murieron juntos, a manos de la misma gente. El asesinato de estos dos militantes de trayectorias tan diferentes deviene un símbolo: ambos encarnan los sectores obreros arrasados por el vandorismo.

## **Conclusiones**

Las representaciones acerca del trabajo y los trabajadores presentes en *¿Quién mató a Rosendo?* y *Bolivia Construcciones* no pueden ser contrastadas sin tener en cuenta la crisis del rol social del trabajo a partir del fin del Estado de Bienestar. En palabras de Bauman: “El trabajo ya no puede ofrecer un huso seguro en el cual enrollar y fijar definiciones del yo, identidades y proyectos de vida. Tampoco puede ser pensado como fundamento ético de la sociedad, ni como el eje ético de la vida individual” (Bauman: 2004: 149). Nosotros agregamos que tampoco puede ser pensado como introductor a la vida política. El carácter político del trabajo - exacerbado en *¿Quién mató a Rosendo?* - está ausente en *Bolivia Construcciones*. Creemos que esto no sólo se debe a que los personajes allí retratados están al margen de las estructuras gremiales, sino también a que - debido a la importancia de las redes de paisanaje en su vida laboral - la esfera del trabajo ha perdido su independencia: se encuentra entretejida con la esfera familiar, lo cual lima los antagonismos de clase que puedan ocasionarse - los conflictos laborales se negocian con estrategias que recurren a los recursos propios de los vínculos primarios. El modo de dar cuenta de las vidas de estos trabajadores

debe leerse asimismo en relación a los objetivos que cada autor plantea para su obra. En una entrevista publicada en Siete Días poco antes del asesinato de Vandor, Walsh declara: “El libro es una contribución más contra eses sistema nefasto de sindicalismo que creo debe ser aplastado”. Sergio Di Nucci dirá al recibir el Premio Sudamericana que “Bolivia Construcciones no ha de leerse como la proclamación de ninguna estética programática ni de alguna teoría sociológica” y que la obra es “la historia de una felicidad” ya que vivir en ella los migrantes abandonan “el tedio y las servidumbres feudales del campo”.

La primera consecuencia de los objetivos declarados por los autores son los tonos – opuestos – que asume cada uno de los relatos. ¿Quién mató a Rosendo? está escrito en un tono muy amargo, en el que convive el dolor por los asesinados, el odio ante el enemigo y el desprecio por los aparatos ideológicos del Estado que colaboraron en el encubrimiento de los crímenes. Bolivia Construcciones, por el contrario, es un retrato en el que se halla muy presente el humor. Los tonos de cada relato son inherentes a un sistema de silencios. Excepto cuando el narrador cuenta de estafa de la que fue víctima, Bolivia Construcciones no hace referencia a las duras condiciones de trabajo que padecen los migrantes. Menciona situaciones de mucha violencia – el hacinamiento y la insalubridad de las viviendas, el caso de Jeannette Ruizpor, una mujer maltratada por su pareja, un niño muy enfermo que no sabemos si sanará – pero cada una de ellas es una instantánea del relato, que luego de dar cuenta de ellas pasa a otra cosa. La novela se estructura como una acumulación de hechos banales y de historias inconclusas en la que abundan las incógnitas. ¿Quién mató a Rosendo?, por el contrario, es ya desde su mismo título un relato que busca responder interrogantes y dar testimonio de “la lucha desgarradora que durante más de una década han librado en la sombra centenares de miles de militantes obreros” (Walsh: 2003: 7). En esta lucha no hay cuartel: en el relato de estas vidas obreras, los obreros luchan las veinticuatro horas del día. Las declaraciones de Francisco Alonso a Enrique Arrosagaray – formuladas cuatro décadas después de los sucesos narrados en el libro – permiten conocer otras aristas de la personalidad de los militantes que Walsh no menciona en el libro:

“¡Con el Viejo nos cagábamos de risa! (...) Sabés que a Blajaquis le gustaba mucho el ajedrez. Y una vuelta que estábamos en el rancho, pasó una gitana que le ofreció leerle el futuro y él le dijo que pasara, que le quería enseñar a jugar al ajedrez, y la gitana que le dice si te agarro a vos te mato y él le decía ¿Qué ganas de morir que tengo! ¡Y con esas cosas, el Negro se tiraba al suelo! (Arrosagaray: 2005: 85)

Estas anécdotas guardan una gran similitud con las situaciones narradas por Di Nucci en su libro. En esas aparecen los errores, la picardía y el humor que también eran parte de la vida de estos militantes. El testimonio de Alonso deja también en claro que la lucha no ocupaba las veinticuatro horas del día:

“Me acuerdo cuando se volvió a casar Norberto (...) Y ahí en la fiesta en su departamento estaba Dalmiro Sáenz y un montón de intelectuales y pasaron documentales de Tucumán y de las condiciones de vida dolorosas... ¡¡Y estos tomaban champagne!! ¡¡Había unas minas de minifalda!! (...) Y yo miraba la copa y decía ¿y esto qué es? Era champagne con unas frutillas y yo decía che, con esto no te ponés en pedo ni aunque te tomes cincuenta baldes... Al rato teníamos una mamúa! (Arrosagaray: 2005: 86)

Un relato que apuesta por la construcción de figuras históricas comporta un sistema de silencios en el que no se puede narrar aquello que atente contra el bronce. ¿Quién mató a Rosendo? es una denuncia escrita en un momento álgido para el movimiento sindical. Poco después, el panorama se tornaría aún más tenso, ya que Vandor sería asesinado. El libro se concibe, en suma, como una intervención política. Desde las páginas de Los Libros, Aníbal Ford defiende el libro de las críticas hechas por Análisis y Primera Plana y señala que la obra sólo cobra su real sentido en el contexto de la lucha contra los obstáculos que impiden la liberación nacional y social. Nada de ellos sucede en *Bolivia construcciones*. A pesar del humor y la parodia que campea en sus páginas, consideramos – junto con María Rosa Lojo - que la obra traza el retrato de una resignación: “En el final abierto del relato (la vida continúa, el relato también) mantiene el tono neutro predominante en el narrador, que acepta sobriamente, sin resentimientos ostensibles, y al parecer sin desgarrantes nostalgias, el papel que le toca jugar en un mundo donde no abundan la equidad ni la justicia”.

## **Bibliografía**

Arrosagaray, E. (2005). Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero. Bs. As: Catálogos.

Bauman, Z. (2004). Modernidad líquida. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Begala, S. (2012). “El reconocimiento diferenciado de derechos: primer obtáculo al acceso a la justicia de las personas migrantes” En Revista Derecho y Ciencias Sociales. Nº 6 (Acceso a la Justicia). pp. 3 – 24. Instituto de Cultura Jurídica y Maestría en Sociología Jurídica. FCJ y S. UNLP.

Bruno, S. (2008). Inserción laboral de los migrantes paraguayos en Buenos Aires. Una revisión de categorías: desde el “nicho laboral” a la “plusvalía étnica” *Revista Población y Desarrollo*. 36.

Dawyd, D. (2012). Del semanario al libro. La escritura del Rosendo de Rodolfo Walsh como construcción del vandomismo en la Argentina del peronismo fracturado. *Revista Trabajo y Sociedad*. 18. 87-102

DAWYD, Darío. Sindicatos y política en Argentina, 1968-1970. De la división a la fractura del peronismo. Segundo Congreso de estudios sobre el peronismo (1943 – 1976). Universidad de Tres de Febrero. 2010 [en línea] [consulta: 3 de septiembre 2013] <http://eprints.rclis.org/16817/1/citadocumental.pdf>

Del Águila, A. (2011, 16-18 noviembre). Condiciones de vida y de trabajo de los migrantes paraguayos en la industria de la construcción argentina. En IV Congreso de Población de la Asociación Paraguaya de Estudios de Población, Asunción.

Cartechini, M. y Rivas, G (2009). Inmigrantes, trabajadores, bolivianos. La representación del otro cultural en la prensa gráfica. *Temas de patrimonio cultural N° 24*: - Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Cohen, N. (2004): El migrante externo y el ámbito laboral. *Puertas adentro: la inmigración discriminada, ayer y hoy*. Bs As: IIGG.

Courtis, C. (2009). Inmigración boliviana, encuadre normativo y discriminación. *Temas de patrimonio cultural N° 24*: Buenos Aires Boliviana. Migración, construcciones identitarias y memoria. - 1a ed. - Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Gonza, G. y Lanzetta, D. (2011). Sumisos, lentos y feos; representaciones sociales en torno a migrantes bolivianos en la comunidad educativa. *El crisol de razas hecho trizas*. Ponencia presentada en las VI Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani.

Grimson, A (1999). *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba

Grimson, A. (2006). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la argentina. En Grimson, A. y Jelín, E (compiladores) Migraciones regionales hacia la argentina. Diferencia, desigualdad y derechos. Buenos Aires: Prometeo Libros

Mallimacci Barral, A. Las lógicas de la discriminación. Nuevos Mundos. 2011. [en línea] [consulta 2 de septiembre 2013] <http://nuevomundo.revues.org/60921>

Mallimacci Barral, A. (2010). Configuraciones de la otredad en la Argentina: El Caso de los/as Bolivianos/as en Ushuaia. En Journal of World Christianity, North America, Vol 3 N°2, 34-69

Margulis, M., Urresti, M. Et. al. (1998). La segregación negada. Cultura y discriminación social. Buenos Aires: Biblos Editorial.

María Rosa Lojo. (2006, noviembre 19) Peripecias de inmigrantes. La Nación. Suplemento Cultura

Morales, B. (2006). Bolivia Construcciones. Buenos Aires: Sudamericana

Vargas, P. (2005). Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra. Identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción. Buenos Aires: Centro de Antropología Social IDES – Editorial Antropofagia.

Walsh, R. (2003). ¿Quién mató a Rosendo? Buenos Aires: Ediciones de la Flor

Walsh, R. (1996). Ese hombre y otros papeles personales. Buenos Aires: Seix Barral